

La primera crítica filosófica al Cristianismo: Celso y el *Alethes Logos*

JORDI MORILLAS ESTEBAN*

Resumen

En este artículo se presenta por primera vez en español una exposición detallada de las principales críticas al cristianismo por parte de Celso. Celso es el primer filósofo de la Antigüedad del que tenemos constancia que combatió el incipiente cristianismo desde la Tradición griega, desde el *Alethes Logos*. La primera parte muestra el carácter metafísico y filosófico de la crítica celsiana, mientras que la segunda aborda las repercusiones ético-políticas que esta nueva religión, a juicio de Celso, tenía sobre el mundo civil del momento. En la conclusión se inserta esta primera crítica como punto de partida de una tradición filosófica de reivindicación del paganismo europeo, que tiene en Giordano Bruno y, sobre todo, en Friedrich Nietzsche sus máximos exponentes.

Palabras clave: Cristianismo, Paganismo, Religión, Filosofía, Celso, Giordano Bruno, Friedrich Nietzsche, Cristo.].

Abstract

This article presents a detailed exposition of Celsus' criticism for Christianity, for the first time in Spanish. Celsus was the first known philosopher in Antiquity, who lashed against the dawning Christianity from the point of view of the Greek tradition, the *Alethes Logos*. The paper shows, first, the metaphysical and philosophical perspective of Celsus' criticism. Secondly, it brings us inside the ethical and political stir of Christianity, from Celsus' own point of view and how this has affected his civil world. This criticism marks the starting point of a philosophical vindication of European paganism, with Giordano Bruno and Friedrich Nietzsche as its greatest advocates.

Key words: Christianity, Paganism, Religion, Philosophy, Celsus, Giordano Bruno, Friedrich Nietzsche, Christ.

I. Introducción

El cristianismo es una religión de origen asiático que tiene su génesis, sus fundamentos y su desarrollo espiritual dentro de el judaísmo. Debido al rechazo que pronto produjo esta religión entre

Fecha de recepción: 1 diciembre 2003. Fecha de aceptación: 28 octubre 2004.

* Ciudad Cooperativa, 95, 5-2. 08830 Sant Boi de Llobregat - Barcelona (España). E-mail: tomhet1978@hotmail.com

los propios judíos al sostener la personificación y el cumplimiento de las promesas anunciadas por los profetas, históricamente recogidas en el Antiguo Testamento, en la vida y obra de Jesús de Nazaret, en el Cristo muerto y resucitado, pronto se vio forzada a salir de sus fronteras espirituales judías e ir a los paganos. Así se explica la actitud misionera y evangélica de un Marcos, de un Pedro o de un Pablo¹. Fue justamente este último, Pablo de Tarso, el fariseo convertido, quien, al menos por lo que se nos narra en los Hechos de los Apóstoles, introdujo el cristianismo en territorio pagano, i.e., en Europa.

Que el cristianismo era una religión, una concepción de la vida, que se oponía de forma radical a los ideales griegos, se puso de manifiesto en el denominado «gran fracaso de Pablo en el Areópago de Atenas» (Ac, 17:6-34). Allí podemos observar cómo se encuentra ya en germen tanto el discurso tradicional apostólico (κήρυγμα) como las principales invectivas futuras del paganismo, esto es, de la tradición griega, al cristianismo. El primer filósofo griego que salió en defensa de la cultura y la tradición helénicas contra esa religión de carácter universalista fue el platónico Celso. De este enigmático pensador poco sabemos, amen de que redactó, en el año 178, una obra profundamente anti-cristiana intitulada *Ἀληθῆς Λόγος*².

Mucho se ha escrito y discutido sobre esta obra y su desconocido autor. Aunque no se trata aquí de rebatir teorías (para eso ya está el estudio de Andresen), sólo indicaremos de momento —y para introducir la problemática que aquí se estudiará—, lo siguiente: si bien proviene de formación platónica cuando concibe y redacta esta obra, Celso asume el punto de vista de la tradición griega para combatir el cristianismo esto es, aquí no está polemizando el platónico Celso, sino el griego Celso³. Aquí hallamos, como dice Schröder, «la última sabiduría del mundo [helénico]»⁴ concentrada en toda su pureza. Celso realiza la primera crítica filosófica del cristianismo desde postulados helé-

1 Y así se deben entender también los *añadidos* últimos a los sinópticos: Mt 28:19; Mc 16:15; Lc 24: 47.

2 Desgraciadamente esta obra no se conserva en su totalidad, sino que la conocemos sólo a partir de las citaciones que realizó su refutador Orígenes en su obra apologética *Contra Celsum* (c. 248). Después de varios intentos de reconstrucción del posible texto original bajo puntos de vista diversos, una edición crítica de la obra no existe todavía y, por lo que parece, nunca la habrá. Lo que suele hacerse con esta obra a la hora de estudiarla es, por lo general, ir directamente al texto citado «literalmente» por Orígenes. Sin embargo, Carl Andresen ya demostró en su momento la peligrosidad y la dificultad de tal metodología —metodología, por otro lado, que es la única que podemos utilizar— debido a la costumbre del alejandrino de resumir y abreviar sus citaciones (Cf. Carl Andresen, *Logos und Nomos. Die Polemik des Kelsos wider das Christentum*, Walter de Gruyter, Berlin 1955). Por ello, y a falta de esa necesaria edición crítica, nuestras citaciones y traducciones se basan en la edición de R. Bader: *Der Alethes Logos des Kelsos*, Kohlhammer, Stuttgart-Berlin 1940 (Tübinger Beiträge zur Altertumswissenschaft; 33). Versiones recomendables en lenguas modernas serían: Celso, *Il discorso della verità. Contro i Cristiani*. Introduzione di Gianni Baget Bozzo, traduzione, premessa al testo e note di Salvatore Rizzo, BUR, Milano 1989; *Celsus, on the True Doctrine*, translated by R. Joseph Hoffmann, Oxford University Press 1987 y Kelsos, *Wahres Wort: älteste Streitschrift antiker Weltanschauung gegen das Christentum vom Jahr 178 n. Chr. / Wiederhergestellt, aus dem Griechischen übersetzt, untersucht und erläutert, mit Lucian und Minucius Felix verglichen von Theodor Keim*. Neudruck der Ausgabe Zürich 1873. Aalen: Scientia-Verlag 1969. En Internet, se puede consultar: <http://www.earlychristianwritings.com/celsus.html>

3 Los argumentos que intentan demostrar un Celso «platónico», «epicúreo» —siguiendo las huellas de Orígenes— o «estoico» fueron rebatidos definitivamente en su momento por C. Andresen en su citada obra.

4 Citado en Andresen, opus cit., p. 45.

nico-paganos. Todas las críticas al cristianismo que se han dirigido desde un punto de vista filosófico-pagano no han hecho sino repetir, de una manera u otra, los argumentos aquí esgrimidos⁵. Por ello es lícito afirmar que con esta obra se inicia en Europa aquella línea de pensamiento profunda y conscientemente anticristiana que tendrá en la Antigüedad como máximo representante a Porfirio (*Contra Cristianos*) y en la historia moderna a Giordano Bruno, quien fue quemado vivo por no abjurar de una concepción de la Filosofía contraria al cristianismo, y a Friedrich Nietzsche, el verdadero transvalorador, el primer europeo que fue capaz de superar los casi dos mil años de cristianismo y de volver al paradigma europeo precristiano, pagano, griego. Exponer la primera crítica al cristianismo desde postulados filosóficos es, por tanto, una tarea de gran relevancia filosófica, pues con ello se rescata y se pone de manifiesto toda una tradición filosófica de orientación pagana que corre paralela a la crítica ‘laica’ de pensadores como Voltaire, Feuerbach o Marx y que, sin embargo, se opone radicalmente también a aquélla al sostener como base y premisas todos unos valores claramente anticristianos. Ésta es, pues la tarea que nos proponemos llevar a cabo con el siguiente estudio.

II. El Cristianismo como Ψευδής Λόγος

Celso parte en su crítica al cristianismo del presupuesto de la existencia de una doctrina antiquísima y verdadera (παλαιός = ἀληθής) que ha sido conservada y transmitida por todos los grandes linajes de la Antigüedad:

«Existe una afinidad de doctrina (Λόγος) entre muchos pueblos en los que se encuentran casi los mismos problemas, las mismas ideas y formulan doctrinas similares en muchos puntos; (I, 14b) Moisés y los profetas escribieron muchas cosas sobre su pueblo con intención de favorecer su propia doctrina. (I, 14c). Pueblos sabios, por tanto, los primeros, completamente necios los segundos».

Esta doctrina antiquísima y sagrada (el Ἀληθής Λόγος⁶) es la que aquí se propone defender frente a la falsificación (παραραραττεῖν) que de la φύσις, del hombre y de Dios y de sus interrelaciones introduce el cristianismo. De ahí que defina lacónicamente el cristianismo como «un malentendido de la doctrina antigua» (τὰ τοῦ παλαιού λόγου παρακούσματα⁷ [III, 16b]).

5 Véase Georg Löschke: «Haben die späteren Neuplatonischen Polemiker gegen das Christenthum das Werk des Celsus benutzt?», *Zeitschrift für wissenschaftliche Theologie*, 27 (1884), S. 257-302.

6 Las palabras ἀληθής λόγος, como señala Andresen (opus cit., pp. 111 y ss.), las extrae Celso de la tradición griega, y, en especial, de Platón, quien utiliza esta expresión en sus obras. Un ejemplo de ello, son, entre otros, estos dos pasajes: *Leyes*, VI, 757 A (παλαιός γὰρ λόγος ἀληθής ὢν) y *Epinomis*, 992 C (λόγος ἀληθής ὄντως). Asimismo, es posible encontrar otra posible influencia para designar esta doctrina tradicional más religiosamente en Pitágoras, quien, según Herodoto, *Historia*, II, 81, Diógenes Laercio, *Vidas y opiniones de los más ilustres filósofos*, VIII, 1, 4, y Proclo, en su comentario al *Timeo* 289 B (Biblion Delta), habría redactado un Ἱερὸς Λόγος

7 Término técnico celsiano que, junto con παραραραττεῖν, designa la acción pervertidora del cristianismo.

La imagen cristiana falsificada del universo, observa Celso, se pone de manifiesto, en primer lugar, en su concepción de la divinidad. En efecto, los cristianos, como sus padres los judíos, mantienen un estricto y exclusivista monoteísmo que es completamente opuesto al politeísmo clásico de griegos y egipcios (I, 23). A esto hay que añadir que, frente a la tradición, conciben a la divinidad como omnipotente, por encima incluso de las leyes de la naturaleza, algo que para una mentalidad griega no sólo es inconcebible, sino ἀσέβεια —un claro ejemplo de esta visión cristiana de Dios es la resurrección de los cuerpos que realizará el día del Juicio Final:

«Otra necesidad suya —escribe Celso— es creer que cuando Dios, como un cocinero, traiga el fuego, todo el género humano quedará asado y sólo sobrevivirán ellos, no sólo los que entonces vivan, sino también los que antaño, en cualquier tiempo, murieron, salidos de sus propias carnes de la tierra; esperanza, por cierto, digna de gusanos. Porque ¿qué alma humana echaría otra vez de menos un cuerpo podrido? Por lo demás, el hecho de que este dogma no sea compartido por algunos de vosotros [judíos] ni por algunos de entre los cristianos, demuestra vehementemente lo que tiene de infame, abominable e imposible⁸. ¿Qué cuerpo, en efecto, una vez totalmente corrompido, puede volver a su naturaleza originaria y a aquella estructura primera del que fue disuelto? No teniendo qué responder a esto, se refugian en la más extravagante escapatoria de que todo es posible para Dios» (V, 14).

Contra la pretendida omnipotencia de un Dios que estaría por encima de la naturaleza y podría incluso actuar contra ella, se levanta, pues, el espíritu helénico de Celso, como siglos después harán Bruno y Nietzsche. Esta concepción errónea de la divinidad conduce a los cristianos, asimismo, a afirmar que Dios se ha manifestado en la tierra en la figura de Jesucristo (IV, 2). Celso ataca aquí el centro de la doctrina cristiana al afirmar que no es posible la intervención de Dios en la historia: no se puede pensar juntos a Dios y la historia, como se sostiene en todo el Antiguo y Nuevo Testamento. Esta idea atenta contra la ley de la naturaleza, contra el Λόγος cósmico (IV, 3-5) y contra la representación pagana de un Dios impasible, inmutable que la doctrina antigua, que el Alethes Logos proclama y defiende.

«Yo no digo nada nuevo, sino doctrinas antiguas. Dios es bueno, bello, feliz y está en lo más bello y perfecto. Si tuviese que descender a los hombres, debería cambiar de lo bueno a lo malo, de lo bello a lo feo, de la felicidad a la infelicidad, de lo perfecto a lo imperfecto. ¿Quién desearía tal cambio? Sólo lo que tiene naturaleza mortal puede cambiar y transformarse; aquella que la tiene inmortal es siempre la misma e idéntica a sí misma. Dios no podría, por ende, transformarse» (IV, 14).

Por otro lado, esta concepción judeo-cristiana de la divinidad impide adorar mediante estatuas a los Dioses, so pena de caer en blasfemia e idolatría. Una prueba más de la falsificación de la divinidad que judíos y cristianos han introducido en el mundo, en este caso, en el mundo religioso:

8 Aquí Celso está refiriéndose, entre los judíos, tal y como se registra en los Evangelios, a los saduceos, mientras que, entre los cristianos, a los gnósticos.

«No soportan ver los templos, los altares y las estatuas [...] Heráclito declara: ‘Y suplican a las estatuas como si estuviesen hablando a los muros de la casa sin conocer qué son los dioses y los héroes’ [DK 5]. ¿Qué nos van a enseñar que sea más sabio que Heráclito? A pesar de su oscuridad, señala que es estúpido suplicar a ‘las estatuas’ sin conocer ‘qué son los dioses y los héroes’. Así Heráclito. [Los cristianos], por el contrario, deshonran completamente las estatuas. Si dicen que la piedra o la madera o el bronce o el oro que ha sido tallado por éste o aquél, no sería dios [Is. 50: 18-20; 44: 9-19; Jer. 10: 3-15; Sa. 13: 10-19; I Cor. 12: 2], ridícula es su sabiduría. Pues, ¿quién, sino alguien completamente pobre de espíritu, adoraría a estos objetos como Dios y no como ofrendas y estatuas de los dioses? Si lo que quieren decir es que no puede haber imagen de Dios, pues Dios tiene una forma diferente, como afirman los persas, caen ellos mismos en contradicción cuando proclaman que ‘Dios hizo al hombre’ a su ‘imagen’ y semejanza [Gen. 1: 26-27; 5:1 y 10:6]» (VII, 62).

Esta omnipotencia de Dios lleva a afirmar a los cristianos, en el plano cosmológico, la creación y la destrucción del cosmos. En efecto, según la doctrina judía y cristiana, el mundo tiene un origen —arbitrario— en Dios (Génesis) y una destrucción (Apocalipsis) que sería el fin del mundo. Contra esta *creatio ex nihilo* y la escatología de un fin impuesto por Dios, Celso responde, en primer lugar, que es Dios quien rige todo el universo: «¿no se gobierna todo, ciertamente, de acuerdo a la voluntad de Dios, y no procede todo de su providencia?» (οὐ πάντα μέντοι κατὰ γνώμην διοικεῖται τοῦ θεοῦ, καὶ πάντα ἐξ ἐκείνου πρόνοια;⁹). De él, pues, procede todo (ἐξ αὐτοῦ [θεοῦ] τὰ πάντα [VI, 65]). En segundo lugar, el mundo no es ni creado ni sujeto a cambio alguno, sino que el mundo es eterno —ἐκ πάντων αἰώνος (I, 19). La destrucción es imposible, pues, para Celso, Dios no crea nada mortal¹⁰. El universo, el cosmos, no sólo es eterno, sino que además es inmutable— hay un eterno retorno de lo mismo: «De principio a fin el periodo de los mortales es el mismo y de acuerdo a un orden necesario cíclico las mismas cosas han pasado, pasan y siempre volverán a pasar» (IV, 65)¹¹. Así, Celso puede identificar a Dios con la ley de la φύσις: τῆς ὀρθῆς καὶ δικαίας φύσεως ὁ θεός ἐστιν ἀρχηγέτης (V, 14). Por eso mismo, puede decir Celso que este mundo es el verdadero Lógos, el verdadero Hijo de Dios, y no ese impotente rey de los judíos crucificado: «Os mostraré de dónde viene la idea de llamarlo Hijo de Dios. Los hombres antiguos (ἄνδρες παλαιοὶ) concebían este cosmos, en tanto que es derivado de Dios, como Hijo de Dios y semidios. ¡Muy similar, pues este Hijo de Dios con el otro [i.e. Jesús, el Cristo]!» (VI, 47). Porque además, y yendo contra toda la teología cristiana, resulta que este cosmos, nuestro mundo, nuestro *único* mundo, es el lugar donde se nos revela la divinidad, es donde ella se nos manifiesta:

9 Frag. VII, 68. Véase también I, 57a, así como IV, 99.

10 Una defensa, por tanto, de la *potentia dei infinita* que pasa enteramente a su efecto, posición defendida después por Giordano Bruno en 1584 en su diálogo italiano *De l'infinito universo e mondi* (trad. española de Miguel A. Granada en Alianza Editorial, Madrid 1993).

11 «‘Anfang’ und ‘Ende’ durch den ewigen Wechsel der Weltperioden immer neu gesetzt; Vergangenheit, Gegenwart und Zukunft sind nur die Wiederholungen des Ewiggleichen». Andresen, opus cit., p. 88.

«Aunque los judíos adoran el cielo y los ángeles que habitan en él, rechazan, no obstante, las partes más sagradas y poderosas: el sol, la luna, las otras estrellas fijas y los planetas. Esto es como si sostuviesen que el todo es Dios, pero que sus partes no son divinas o que se pueden adorar seres de culto no muy ortodoxo que salen de la oscuridad por arte de magia negra o uno tuviese sueños de oscuros fantasmas. Mientras que por aquellos seres a quienes abierta y claramente a todos hacen predicciones, que regulan la lluvia, el calor, las nubes y los truenos (que ellos adoran) y los relámpagos y las frutas y todo tipo de productos, aquellos a través de los cuales se revela Dios, los supremos mensajeros de los poderes de arriba, los verdaderos ángeles de los cielos, no hay que tenerlos en cuenta» (V, 6).

La idea de un Juicio Final¹² y de una destrucción del mundo no deja de ser, para Celso, una prueba más de la falsificación y de la incomprensión del *παλαιὸς λόγος* —en este caso, de la doctrina de las conflagraciones. Aquella doctrina, pues, «resulta de haber malentendido (*παρακούσαντας*) lo que dijeron sobre la cuestión griegos y bárbaros. Son ideas malentendidas (*παρακούσασι*), según las cuales después de largos periodos de tiempo y después de retornos y conjunciones de astros, se producen conflagraciones y diluvios, y después del último, acaecido en los tiempos de Deucalión, el periodo requiere, por la alternancia del todo, la venida de una gran conflagración. Tal malentendido les ha llevado a sostener la errónea opinión de que Dios vendrá con fuego para encender el mundo como un juez» (IV, 11)¹³.

Mas, no sólo la idea de una creación del universo tal y como aparece en el Génesis le parece ridícula y falsa a Celso¹⁴, sino también la creación del hombre sobre la tierra por obra y gracia de Dios. Ello muestra una vez más el carácter falsificador de esta religión que no ha comprendido que «los pueblos que han investigado su propia antigüedad como los atenienses, los egipcios, los arcadios y los frigios hablan de que provienen de hombres que fueron generados de la tierra misma (*γηγενεῖς*) y cada uno de ellos da testimonio de ello» (IV, 36)¹⁵. Además, a la concepción judeo-cristiana del ser humano que pone al hombre como rey de la Creación (Génesis, 1:28; 9:2), y lo coloca en relación directa y personal con Dios al margen del resto de una naturaleza que queda relegada a un rango ontológica y teológicamente inferior, se opone rotundamente la tradición clásica que concibe no sólo todo el universo como divino, sino también en relación directa y por igual con la divinidad. Tales esperanzas de superioridad y de privilegio del hombre frente al resto del cosmos le parecen a Celso no sólo absurdas, sino también fruto de la ignorancia de la verdadera esencia del mundo y, por ende, de la naturaleza:

12 La misma idea ya le parece ridícula a Celso: «Algunos cristianos como algunos judíos afirman que ha bajado o que bajará a la tierra algún Dios o Hijo de Dios como juez de la humanidad: tal desvergüenza no necesita de un gran discurso para ser rebatida» (IV, 2).

13 Véase también: IV, 41 (*παραχαράττοντες καὶ ῥαδιουργοῦντες τὸν Δευκαλίωνα*). Fueron los *egipcios*, como testimonia Platón en su *Timeo* (22 c-d) quienes mejor *recuerdo* guardan de ello.

14 ἡ κοσμογένεια [κατὰ Μωϋσέα] μάλα εὐηθικῆ, dice en el frag. VI, 49. En el siguiente fragmento muestra cómo es un malentendido más de la tradición: «Algunos de los antiguos han dicho cosas diferentes acerca del origen del cosmos y del hombre, pero Moisés y los profetas que han dejado la Escritura, porque no conocieron cuál es la naturaleza del cosmos y del hombre, escribieron una gran sandez» (VI, 50).

15 Idea muy extendida en Grecia como lo prueban los testimonios de Hesíodo, *Trabajos y Días* 108, Píndaro, *Nemea* 6, 1; Platón, *Menéxeno* 137 d; *Banquete* 191 b ss; *Leyes* 782 a ss. y Aristóteles, *Sobre la generación de los animales* II 1 732 a 1ss. ; III 11, 764 b 28 ss. y *Política* 1269 a 5-6.

«Judíos y cristianos se pueden comparar a una ristra de murciélagos y de hormigas que salen de su nido, o a ranas que celebran sus sesiones al borde de una charca, o a gusanos que se reúnen en un ángulo de un pantano y discuten entre ellos sobre quiénes son más pecadores y discuten así: ‘Que Dios nos anuncia y nos revela todo de antemano, y que, abandonando el cosmos y el curso del cielo y despreciando a la tierra inmensa, únicamente con nosotros conversa, únicamente a nosotros nos manda sus heraldos, y nunca deja de mandar y buscar modos para que gocemos enteramente de su convivencia. Existe Dios y después de Él venimos nosotros, que fuimos por Él hechos semejantes en todo a Dios [Gen 1: 26]. Y todo nos está sometido: la tierra, el agua, el aire, las estrellas; todo se hizo por causa nuestra y todo está ordenado a nuestro servicio [Gen 1:28; I Cor 3:21-22]. Ahora bien, puesto que entre nosotros hay quienes pecan, vendrá Dios mismo o enviará a su hijo, a fin de abrasar a los injustos y para que tengamos los demás vida eterna con Él’. Más tolerable sería todo esto entre gusanos y ranas que no lo que entre sí discuten judíos y cristianos» (IV, 23).

Resulta pretencioso y antinatural pensar que el mundo está hecho para uso exclusivo del hombre. Esto va contra la noción primigenia de φύσις griega, pues con ello se está afirmando que el hombre no pertenece a la φύσις y que la divinidad no tiene en cuenta el resto de la naturaleza, a la que rebaja a mero instrumento al servicio del hombre. Se produce, por tanto, una escisión y una jerarquía ontológica en el ámbito de lo existente. Tal pensamiento es impío y peca contra el profundo espíritu religioso helénico que concibe el universo en su totalidad como expresión y manifestación de lo divino:

«No fueron hechas todas las cosas para el hombre, como tampoco para el león, ni para el águila o el delfín, sino para que este cosmos, como obra de Dios (θεοῦ ἔργον), se desarrollase íntegro y perfecto en todas sus partes. A este fin está todo sometido a medida, no los unos a los otros, a no ser accidentalmente, sino por el interés del todo. Dios se cuida del todo y jamás su providencia lo abandona, ni el todo se hace peor, ni después de algún tiempo Dios lo retorna a sí mismo, ni se irrita contra los hombres, como tampoco contra los monos ni las moscas, ni amenaza a los seres, cada uno de los cuales ha recibido su porción correspondiente» (IV, 99)¹⁶.

Como se ha señalado anteriormente, el tema teológico, físico y filosófico, principal objeto de controversia desde los inicios entre cristianos y paganos, es la cuestión de la resurrección de la carne. Problemática ésta capital dentro del discurso cristiano (κήρυγμα) y de su teología, no deja de ser dentro de la *teoría de la depravación* y del Ψευδῆς Λόγος un malentendido más por parte de los cristianos de la cultura griega. Para Celso, la resurrección no es sino un παρακούσαντες τὰ περὶ ἀναστάσεως (VII, 32). La resurrección de la carne no sólo da importancia al cuerpo material corruptible¹⁷, sino que

¹⁶ Véase también IV, 69, 74-77.

¹⁷ Concepción ésta exagerada y esquizofrénica como denuncia Celso: «¿Cómo no va a ser lo vuestro un absurdo cuando por un lado deseáis y anhelaís que el cuerpo resucite como si no hubiese nada mejor y más digno y, por otro, lo sometéis antes a castigos como si fuera algo indigno?» (VIII, 49).

implica el hecho de que Dios, que es la suprema ley de la naturaleza, transgrede esta misma ley realizando un acto indigno:

«¿Qué cuerpo, en efecto, una vez totalmente corrompido, puede volver a su naturaleza originaria y a aquella estructura primera del que fue disuelto? No teniendo qué responder a ello, se refugian en la más extravagante escapatoria de que todo es posible para Dios. Pero Dios no puede lo que es vergonzoso ni quiere lo que va contra naturaleza. No porque tú concibas un deseo abominable, según tu propia maldad, va Dios a poderlo y habrá que creer que te lo satisfará inmediatamente. Porque Dios no es autor de un impulso pecaminoso ni de un desorden extraviado, sino de la recta y justa naturaleza. Dios es el principio de todo (ὁ θεός ἐστὶν ἀρχηγέτης). Al alma, aún pudiera otorgarle vida eterna; pero ‘a los cadáveres’ —dice Heráclito— ‘hay que echarlos de casa antes que al estiércol’ [Frag. 96]. La carne, empero, llena de cosas que no fuera ni decente nombrar, Dios no querrá ni podrá hacerla inmortal irracionalmente. Porque Él es la razón (Λόγος) de todos los seres; luego nada puede obrar contra la razón ni contra sí mismo» (V, 14).

Todo esto muestra, a juicio de Celso, la *teoría de la depravación*, es decir, «la falsificación de la historia del Logos» —en palabras de Andresen— que los cristianos introducen. Tanto los judíos falsificadores (*Falschmünzer*). Celso nombra justamente por ello a ambos falsificadores: el primero por falsificar la doctrina antigua y verdadera; el segundo por falsificar aún en grado mayor la doctrina griega. Moisés falsificó doctrina y mitos antiguos en su provecho (IV, 21); Cristo, básicamente, las enseñanzas de Platón, a quien exageró y degradó moralmente (VI, 16):

«Así, si no tiene su creencia ningún fundamento¹⁸, examinemos la doctrina. Para empezar, debemos tratar de cuántos malentendidos y corrupciones han realizado a causa de su ignorancia, discutiendo principios fundamentales y haciendo pronunciamientos llenos de arrogancia sobre *cuestiones* de las cuales *no saben nada*»¹⁹.

A la persona de Cristo es a quien Celso dedica más atención. En efecto, la falsificación sobre la cual se construye todo el edificio del cristianismo, Celso la ve representada en la figura de su fundador, el pretendido Hijo de Dios y Mesías profetizado, *Jesús de Nazaret*. Aquí denuncia ya de entrada el presunto origen de este varón judío en conexión con la literatura rabínica de su tiempo:

18 Véase III, 14.

19 Frag. V, 64 b; cursiva nuestra. Los ejemplos los halla Celso por todos sitios (véase frags.: VI, 16, 18, 19, etc). Todo ello le llevará a afirmar que «antiguamente ya se había dicho lo mismo muchísimo mejor» (ἀρχαίον καὶ τοῦτο εὖ μάλα πρόσθεν εἰρημένον [VII, 58]). Se podría decir con Andresen —quien en muchas ocasiones recoge y expresa el espíritu de Celso con admirable exactitud— «so sind Juden und Christen für Kelsos nichts anderes als Falschmünzer, die das alte wertvolle Geld griechischen Geistesgutes umprägen (παράχαρᾶτεῖν)», opus cit., p. 153.

«Te inventaste el nacimiento de una virgen. En realidad eres originario de una villa de Judea e hijo de una mujer que vivía pobremente hilando a diario. Además, acusada de adulterio, fue rechazada por el esposo, carpintero de profesión [Mt 1:19]. Repudiada por el marido y vergonzosamente errante, te dio a luz como hijo furtivo. Impelido por la pobreza, fuiste a trabajar de mercenario en Egipto, donde llegaste a conocer ciertas facultades por las cuales los egipcios son famosos [i.e. la magia]. Luego, volviste orgulloso de aquella facultad y, gracias a ella, te proclamaste Dios» (I, 28).

Calificado como mentiroso (II, 7) e impostor (II, 4) por hacerse pasar por el Hijo de Dios haciendo «milagros», Celso degrada la divinidad de Jesús de Nazaret al considerarle como uno más de los muchos magos que, a la sazón, concurrían por Palestina. Tampoco ha de pasar desapercibido, por otro lado, el hecho de que el propio Jesús pretendía prevenir a sus discípulos de otros semejantes a él que les podrían atraer; pero, si él es el auténtico Mesías, el auténtico y único Hijo de Dios, ¿era realmente necesario que tuviese miedo de otros maestros y Mesías? «Fue gracias a la magia que pudo realizar los milagros que presuntamente realizó. Y como previó que otros también llegarían a conocer las mismas fórmulas y hacer las mismas cosas y vanagloriarse de que lo hacían gracias al poder de dios, les echó de su comunidad. Si tenía razón en condenarles, aunque él fuese culpable de lo mismo, es malvado; pero si no es un malvado por haberlo hecho, entonces tampoco son malvados los que actúan como él (I, 6b)»²⁰. «¿No es dar a entender que esos milagros no tienen nada de divino, sino que son obras de malvados?», se pregunta Celso en otro fragmento (II, 49). «Puesto que estos hombres realizan estos milagros, ¿debemos pensar que son hijos de Dios? ¿O debemos decir, más bien, que son las prácticas de hombres malvados y desgraciados?» (I, 68).

Todo ello, junto con su forma de actuar en vida, lleva a Celso a afirmar que es imposible que Jesús fuese realmente Hijo de Dios, siendo un ser con un cuerpo indigno de un Dios (I, 69-70). bajo, feo y vulgar (*μικρὸν καὶ δυσειδὲς καὶ ἀγεννὲς*, VI, 75), incapaz de defenderse de los ultrajes a los cuales fue sometido (II, 32 y ss.), incapaz de hacer nada destacable (II, 68), incapaz de mandar y ser obedecido (II, 76), olvidado y traicionado por sus allegados más íntimos (II, 9.38.42.47), Jesús de Nazaret fue un hombre que no estuvo a la altura. Ni en vida (I, 67; II, 32ss) ni en el momento de morir, estando en la cruz, demostró su divinidad. «Si quería hacer algo útil para demostrar su divinidad, debería haber desaparecido al instante de la cruz» (II, 68). Ni siquiera en una cuestión tan trascendente para el cristianismo como es la resurrección de la carne, es digno su testimonio:

«Vivo no se ayudó a sí mismo, pero después de muerto, resucitó y mostró las señales de su suplicio y cómo sus manos habían sido taladradas. ¿Pero quién vio todo eso? Una mujer [Mt 28: 1.9.10; Mc 16: 9; Jn 20:1. 11-18] furiosa [Mc 16:9; Lc 8:2], como decís, y algún otro de la misma cofradía de hechiceros, ora lo soñara por alguna disposición especial de su espíritu, ora, según su propio deseo, se lo imaginara con mente extraviada; cosa, por cierto, que ha sucedido a infinitas gentes; o, en fin, lo que es más probable, quisiera impresionar a

20 Véase también VII, 10.

otros con este prodigio y dar, con semejante embuste, ocasión a otros charlatanes mendicantes» (II, 55).

Y es que, «habría sido necesario, si Jesús quería demostrar su divina potencia, aparecerse a aquellos que le habían calumniado y condenado, es decir, a todos» (II, 63)²¹. Este hombre, por ende, no puede ser el Λόγος encarnado: «Pero vosotros cristianos usáis un sofisma cuando afirmáis que el hijo de Dios es su propio Λόγος y cuando, proclamando que el Λόγος es hijo de Dios, no presentáis un Λόγος puro y santo, sino un hombre vergonzosamente arrestado y cruelmente muerto» (II, 31 a).

La crítica celsiana que demuestra que el cristianismo es una falsificación del judaísmo sostiene que Jesús de Nazaret no es el Cristo anunciado por los profetas del Antiguo Testamento. El mensaje fundamental del cristianismo, el hecho de que las promesas de los profetas han alcanzado su plenitud y su manifestación última en la persona humana y divina de Jesús, muerto en cruz y resucitado al tercer día, aparece para Celso como una apropiación indebida por parte de Jesús y sus seguidores: «Vosotros los cristianos citáis a los profetas que han predicho los hechos de la vida de Jesús; pero aquella profecía se podía adaptar a infinitos otros con mucha mayor credibilidad que a Jesús (II, 28). Los profetas dijeron que el enviado sería un gran y poderoso señor de toda la tierra y de todos los pueblos y los ejércitos y no tal flagelo» (II, 29)²².

Uniéndose a las reflexiones hechas por Marción, Celso rechaza la lectura alegórica del Antiguo Testamento a favor de la literal, comprobando con ello cómo existe una profunda contradicción entre lo dicho por Dios en el Antiguo Testamento y lo proclamado por Jesús, presunto Hijo de Dios, en el Nuevo Testamento. Aquí se demuestra, una vez más, la falsificación que de la doctrina judía hacen los propios judeocristianos:

«Si los profetas del Dios de los judíos predijeron que aquél [Jesús] sería su hijo, ¿por qué les dio leyes por medio de Moisés de que serían ricos [Dt. 15:6; 28:11.12] y poderosos [Dt. 15:6] y que poblarían la tierra y masacrarían a sus enemigos de edad adulta y exterminarían su raza [Ex. 17:13-16; Núm. 21: 34-35; Dt. 25: 19; Ps. 100: 8; 136: 8-9], lo cual hizo [Ex. 34:11; Dt. 29:2-3], como Moisés dice [Dt. 1:26-45; 7:4.9.28], ante los ojos de los judíos? Y, además, si no son obedientes, ¿por qué les amenaza con hacerles lo mismo que a sus enemigos? Mientras que el hijo, el hombre de ‘Nazaret’, formula leyes completamente diferentes: el rico no tendrá acceso al Padre, ni el que ambiciona el poder [Mt 20:25-27; Mr 10:42-44;

21 Cfr. II, 67. Véase también el frag. II, 70b: «¿O es que tiene algún sentido que, cuando en vida no se le creía, predicase a todos indistintamente; y que, en cambio, cuando podía presentar prueba de fe tan fuerte como su resurrección de entre los muertos, se manifestase a escondidas sólo a una mujerzuela y a aquellos miembros de su comunidad? Ejecutado, pues, fue visto por todo el mundo; resucitado, por uno solo; cosa que debiera haber sido al revés». Cfr. también Porfirio, *Contra Cristianos*, frgs. 63 y 64 (Porphyrius, «Gegen die Christen», 15 Bücher. Zeugnisse, Fragmente und Referate, herausgegeben von Adolf von Harnack, en *Abhandlungen der königlichen preussischen Akademie der Wissenschaften*, Berlin 1916, pp. 3-115). Una edición de los fragmentos conservados de esta obra anticristiana de Porfirio en lengua moderna es la siguiente: *Porphyry's Against the Christians: The Literary Remains*, edited and translated by R. Joseph Hoffmann, Oxford University Press 1994.

22 Véase también I, 50.

Lc 22:25-26], ni el que ama la sabiduría y la gloria [Mt 11:25; Lc 10:21]; no nos debemos inquietar con las comidas y los reposos más que ‘los cuervos’ [Mt 6:26; Lc 12: 24]; es necesario preocuparnos menos de la vestimenta que ‘los lirios’ [Mt 6:28.29; Lc 12:27]; si os diesen una bofetada es preciso prepararse para la segunda [Mt 5:39; Lc 6:29]. ¿Quién está equivocado? ¿Moisés o Jesús? ¿O el padre, enviando a aquél, negó lo que Moisés había ordenado? ¿O quizá habrá cambiado de opinión condenando sus propias leyes y encargando a su heraldo promulgar otras completamente contrarias?» (VII, 18)²³.

La mentirosa, impostora, hacedora de bagatelas e impotente personalidad de Jesús se resume, en definitiva, en una tremenda y dura acusación que deja bien patente el grado de desconfianza, de antipatía y de repulsión que tal figura producía en el interior de un espíritu fuerte y sano, orgulloso y seguro de sí mismo y de su destino, como el del griego Celso: «[Cristo] era un ser odiado por Dios y un miserable charlatán» (θεομισουὺς ἦν τινοσ καὶ μοχθηροῦ γόητος [I, 71]).

Pero donde se muestra con toda claridad la verdadera faz de esta religión y de cómo representa no sólo la falsificación del Ἀληθῆς Λόγος, sino la tergiversación de las supremas tradiciones espirituales y filosóficas, es en su predilección por los desheredados, por la parte más detestable de la sociedad, por el vulgo, y por su desprecio de la sabiduría de este mundo, de la Filosofía. Así describe Celso a los cristianos: «Los cristianos son vulgares (ιδιώται) y rudos y por su Λόγος vulgar²⁴ y rudo, sólo han podido tener éxito entre gente vulgar» (I, 27). Y es que el cristianismo busca y exige a sus adeptos no sólo una baja condición social, convirtiéndose con ello en un movimiento compuesto únicamente de enfermos (III, 59.62), ignorantes y esclavos (I, 62. VI, 14.23a.34), sino también ignorancia y desprecio por la sabiduría y los sabios:

«Más prudentes son aquellos cristianos que hacen la siguiente prescripción: ‘Ninguno que posea *paideia* (πεπαιδευσθαι) se acerque, ninguno que sea sabio, ninguno que sea prudente, pues tales cosas son consideradas entre nosotros como malas. Mas quien sea ignorante, insensato, carezca de *paideia*, sea pobre de espíritu, éste que venga con toda confianza’. Pues qué personas son dignas de su Dios, lo admiten cuando quieren y pueden convertir únicamente a los necios, a los innobles, a los insensatos, a los esclavos, a las mujeres y a los niños [III, 44] ¿Cómo puede tenerse como un mal el tener *paideia* y ser experto en las mejores doctrinas y ser y parecer inteligente? ¿Por qué impedirá tal cosa conocer a Dios? ¿Por qué no debe ser, más bien, una ventaja y un medio con el cual se pueda llegar mejor a la verdad?» [III, 49].

Por eso los cristianos se dirigen a los pecadores, por eso se acercan al vulgo, «porque son incapaces de convertir a alguien realmente bueno y justo» (III, 65 a). Y por eso mismo los sabios huyen, a su vez, de él, cuando ven el tipo de gente que allí se repliega: «Ningún hombre prudente creará en esa doctrina, asqueado por la muchedumbre de los que la abrazan» (III, 73 b)²⁵.

23 Véase también VI, 29 y 54.

24 En el fragmento II, 68, califica asimismo al discurso cristiano de ιδιωτικὸς λόγος.

25 Muchedumbre que, por otro lado, el propio Cristo buscaba: Mt 9:13; 21: 31; Mc 2:17; Lc 5:31ss.

¿Qué es lo que reclama, pues, el cristianismo, qué es lo que exige y ofrece, según Celso? El cristianismo es una religión que ofrece la salvación del hombre, no mediante un discurso racional, no siguiendo la más firme y sana tradición, sino que, falsificándola, tal y como hicieron los judíos, exige una *fe ciega*, es decir, reclama como lo supremo lo que hasta entonces había sido tenido por el grado inferior de conocimiento para el hombre:

«Para aceptar doctrinas hemos de seguir a la razón (λόγῳ) y a una guía racional (λογικῶ ὁδηγῶ), pues quien se adhiere al pensamiento de otro sin esta precaución, es objeto de engaño seguro. [Los cristianos] creen irracionalmente como los mendicantes y sacerdotes de la Cibeles y agoreros, como los sacerdotes de Mitra y Sabacio y como cualesquiera con quien uno se topa, en las apariciones de Hécate o de otro demonio o demonios. Porque, a la manera que, entre gentes de esa laya, hombres malvados abusan de la idiotez de los crédulos (τῆ ἰδιωτεία τῶν εὐξαπατήτων) y los traen y llevan donde quieren, así acontece también entre los cristianos. Algunos que no quieren dar ni recibir razón de lo que creen, echan mano de principios tales como: ‘No inquietas, sino cree’ [Mc 5:36; 9:23], y ‘Tu fe te salvará’ [Mt 8:13; 9:22; Mc 5:34; 10: 52; Lc 7:50; 8:48; 17:19]. Y ‘Mala es la sabiduría en la vida; buena, la necesidad’ [I Cor 1:20-25; 2:1-6; 3:18-20; 4:10; 8, Ef. 4:17 ss.; Tm 6: 20-21; He 13: 9]» (I, 9).

Y todo ello en nombre de la fe en el Crucificado: «Dicen a todos los que se acercan que primero crean que aquél a quien explican es el Hijo de Dios, quien fue deshonorablemente arrestado y castigado de la forma más vergonzosa, quien muy recientemente rondaba entre las personas más censurables. Estas son razones más que suficientes para creer en Él» (VI, 10c).

Este desprecio por la sabiduría de este mundo, de la Filosofía, como guía y única salvación posible del hombre, lleva a los evangelistas a «convertir [sólo] a personas carentes de *paideia* y a estúpidos (ἀπαιδεύτους καὶ ἡλιθίους)» (VI, 12). La manera como Celso describe a los ‘maestros’ cristianos en sus métodos de captación y de guía de sus acólitos, recuerda muchísimo a lo que siglos después dirá otro defensor acérrimo de la Tradición helénico-pagana, Friedrich Nietzsche, cuando denuncia a todos esos ‘seductores’ (*Verführer*), a todos esos falsos maestros de la humanidad: «El maestro cristiano busca insensatos [III, 74]. Estos maestros del cristianismo hacen igual que el que promete sanar cuerpos evitando acercarse a los médicos doctos que les podrían poner en evidencia su vulgaridad (τὴν ἰδιωτείαν αὐτοῦ)» (III, 75 a). De esta forma Celso puede acusar, como hará siguiendo sus huellas más tarde Juliano²⁶, con toda legalidad y coherencia a cristianos y a judíos, de ἀπαιδευτοί, es decir, de ignorar la Tradición: «Los judíos, estando recluidos en un rincón, son completamente incultos y no han escuchado nada de los antiguos himnos cantados por Hesíodo y miles de hombres inspirados por la divinidad» (IV, 36)²⁷.

26 Véase su obra *Contra los Galileos*. Traducción española en Juliano: *Contra los Galileos. Cartas y fragmentos*. Leyes. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 1982.

27 Dice Andresen que la παιδεία para Celso consiste en «die Kenntnis der geistigen Werte griechischer Vergangenheit». Andresen, opus cit., p. 171.

El cristianismo, además, comete la temible imprudencia —como reconocerá más tarde Bruno en su feroz crítica a los reformados— de vulgarizar las doctrinas divinas enseñándolas al vulgo rudo e ignorante, yendo una vez más contra el Ἀληθῆς Λόγος: «[Los cristianos] muestran la sabiduría acerca de las cuestiones divinas a los que están más carentes de *paideia*, a los esclavos, a los más necios» ([Οἱ χριστιανοὶ] τοῖς ἀπαιδευτοτάτοις ἢ ἀνδραπόδοις ἢ ἀμαθεστάτοις διέξεισί τὰ περὶ τῆς θείας σοφίας. [VI, 13 b]). Esta actitud cristiana corrompe y falsifica la doctrina antigua y verdadera, que alcanzó su punto álgido, según la escuela neoplatónica, en Platón, quien enseñó que el camino de la verdad es ἀδύνατον para todos²⁸. Pues el παλαιὸς λόγος no es patrimonio común de toda la humanidad, sino de unos pocos pueblos y hombres divinos (ἔνθεον ἔθνος [VI, 80]) que lo han transmitido históricamente a lo largo de los siglos: «Existe una doctrina antigua y originaria (ἀρχαῖος ἄνωθεν λόγος) a la que han sido siempre fieles los pueblos más sabios y las ciudades y los hombres sabios. Entre estos pueblos no se encuentran los hebreos, mientras que, por el contrario, sí los egipcios²⁹, los asirios, los indios, los persas, los odrisas, los samotracios, los eleusinos [I, 14 c], los hiperbóreos, los galactófagos citados por Homero, los druidas de las Galias y los getas, todos ellos pueblos antiquísimos y sapientísimos [I, 16 a]. De los hombres antiguos y sabios que son útiles a nuestros contemporáneos y, a través de sus escritos, a las futuras generaciones, están Lino, Museo, Orfeo, Ferécides, el persa Zaratustra, y Pitágoras, quienes entendieron esta doctrina y cuyos dogmas expusieron en escritos que se conservan hasta el día de hoy» (I, 16 b)³⁰.

Por ello mismo, Celso dirá refiriéndose a esos falsos maestros y guías de la humanidad, i.e. a los cristianos: «si buscáis un guía del camino [de la verdadera Salvación] debéis huir lejos de los impostores, de los charlatanes (γόητες), de los introductores de ídolos, a fin de que no parezcáis completamente ridículos blasfemando a los otros dioses que se revelan como ídolos, y al mismo tiempo venerando a uno incluso más miserable que aquellas apariciones verdaderas y propias, mejor dicho, a uno que no es ni siquiera una aparición, sino un cadáver y nada más» (VII, 36). Los verdaderos guías del camino de la verdad son aquellos hombres divinos que han obedecido y seguido fielmente la tradición:

«Pero si no queréis veros privados de los antiguos guías y los hombres santos, seguid a los poetas, a los sabios y a los filósofos divinos [ένθέους], los cuales os mostrarán el camino y

28 Cfr Platón, *Timeo*, 28c y Andresen, opus cit., p. 133.

29 Los egipcios son, junto con el pueblo griego, los máximos representantes del παλαιὸς καὶ ἀληθῆς λόγος. En efecto, no sólo es importante notar que aquí son citados los primeros, sino que con ello Celso, una vez más, se está haciendo eco de la tradición y, en este caso, de su maestro Platón, quien ya en su *Timeo* (22c-23d) presentaba a los egipcios (en diálogo con Solón) como los portadores de la más antigua sabiduría al haber sobrevivido a todas las catástrofes que, cíclicamente, se han producido: ὦ Σόλων, Σόλων, Ἕλληνες αἰεὶ παῖδές εἰστε, γέρων δὲ Ἕλληνα οὐκ ἔστιν. [...] οὐδεμίαν γὰρ ἐν αὐταῖς ἔχετε δι' ἀρχαίαν ἀκοὴν παλαιὰν δόξαν οὐδὲ μάθημα χρόνῳ πολὺν οὐδὲν [...] ἡμῖν δὲ ὁ Νεῖλος εἰς τε τὰλλα σωτὴρ καὶ τότε ἐκ ταύτης τῆς ἀπορίας σώζει λυόμενος. [...] ὅθεν καὶ δι' ἅς αἰτίας τάνθάδε σωζόμενα λέγεται παλαιότατα. Así, no es de extrañar que Celso, en plena discusión sobre el diluvio en los tiempos de Deucalión y la conflagración en los de Faetón, sostenga firmemente como testigos de los mismos: οἱ σοφώτατοι Αἰγύπτιοι (I, 20).

30 La lista completa contenía, según se desprende de otros fragmentos, los nombres de Homero, Hesíodo, Heráclito y Platón.

escucharéis muchas y divinas cosas (VII, 41). Y al maestro más competente en cuestiones teológicas, Platón, quien dice en el *Timeo*: ‘Pues el creador y padre del Todo es difícil empresa descubrirlo y, una vez descubierto, es imposible comunicarlo a todos’ [28 c]. Ved, por ende, cómo los divinos intérpretes y los filósofos buscaron el verdadero camino [ζητεῖται ἀληθείας ὁδός]» (VII, 42)³¹.

A estos verdaderos guías y maestros de la humanidad no duda Celso en ningún momento, jugando con la terminología cristiana de un Espíritu Santo (ἅγιον πνεῦμα) que revelaría a sus discípulos el camino a seguir, en calificarlos en portadores de la doctrina antigua y verdadera, de estar inspirados por el verdadero espíritu de la sabiduría, por el cual poseen la verdadera concepción e imagen del universo y la divinidad. «Y si creéis en un Espíritu enviado por Dios para anunciar cuestiones divinas, éste podría ser el Espíritu que pronuncia esta Verdad (Ἀληθῆς Λόγος), el Espíritu del cual estaban impregnados los hombres antiguos (ἄνδρες παλαιοὶ) que anunciaron tantas cosas buenas. Pero si no sois capaces de entenderla [la verdad de la tradición pagana], callad y reprochaos vuestra ignorancia (ἄμαθίαν) y no llaméis ciegos a los que ven ni cojos a los que corren, vosotros, lastimosas y tullidas almas que vivís sólo por el cuerpo, que es algo muerto» (VII, 45).³²

Este es, pues, el verdadero camino de la sabiduría, la verdadera y antigua Filosofía, el Παλαιὸς καὶ Ἀληθῆς Λόγος que Celso recupera frente al cristianismo y que le impulsa irremediamente a luchar³³ contra esos falsos maestros y guías que son los judíos y cristianos, contra esos «falsificadores de la valiosísima moneda espiritual helénica», que no únicamente falsean la verdadera imagen del universo y de la divinidad, sino que, con su actitud disgregadora, inducen a la sedición y al conflicto social.

II.2. El cristianismo como mundo sin Νόμος

El cristianismo no se caracterizará sólo por ser un mundo sin Λόγος, i.e., sin la antigua y verdadera sabiduría del paganismo, sino también por ser enemigo del Νόμος, del orden, al fomentar su destrucción mediante la sedición política, mediante las revueltas y las revoluciones sociales plebeyas que impulsa y realiza dentro de las comunidades paganas. Para Celso, el Νόμος es —utilizando el lenguaje de Andresen— «el principio de la historia de la religión»³⁴, o lo que es lo mismo, de la piedad. Hay que tener muy presente que estamos en el mundo griego y que aquí, piedad y ley política están en estrecha relación, es decir, aquí la comunidad socio-política se considera toda una y se identifica con la comunidad religiosa. Por eso Celso puede decir en la conclusión de su obra que el Νόμος exige defender la ley y la piedad (VIII, 75). De ahí que Νόμος tenga dos acepciones, como se desprende del fragmento V, 25: 1) se refiere al mundo de las costumbres y 2) señala la fuerte

31 Para entender correctamente las palabras de Celso hay que tener presente las indicaciones de Andresen, quien nos advierte de lo siguiente. En el texto se utiliza la palabra ζητεῖν, que en griego, significa: ‘buscar’. Así lo hemos hecho constar en la traducción. Pero para Celso ζήτησις es siempre sinónimo de μάθησις. Es por ello que: «Sie [los guías y hombres santos, i.e. los filósofos] sind die Träger der Erkenntnis und der geschichtlichen Tradition, nie aber die Suchenden», opus cit., p. 134; (cursiva nuestra).

conexión entre el pensamiento filosófico-religioso y la *polis*. A este Νόμος son apóstatas, pues, tanto judíos como cristianos. Primero los judíos frente a los egipcios; después, entre los propios judíos, los cristianos frente al judaísmo:

«Los judíos son egipcios de raza y partieron de Egipto después de haberse rebelado contra la comunidad egipcia y despreciar las costumbres religiosas de Egipto. Lo que ellos hicieron a los egipcios, lo han sufrido, a su vez, con aquéllos que siguieron a Jesús y creyeron en él como el Cristo; en ambos casos la innovación fue la causa de la rebelión contra la comunidad (αἴτιον γεγενῆναι τῆς καινοτομίας τὸ στασιάζειν πρὸς τὸ κοινόν)» (III, 5).

Por lo que se refiere a los judíos, Celso tiene muy claro lo que son, así como su nula e insignificante relevancia histórica: «los judíos son esclavos fugitivos de Egipto que no han hecho nunca nada digno de mención (ἄξιόλογον), ni destacaron por su importancia o número, como se deduce del hecho de que no se encuentra nada de su historia entre los helenos» (IV, 31)³⁵.

A estos judíos, no obstante, Celso les reconoce el hecho de que tienen Νόμος, i.e., unos usos y costumbres propios (V, 25). Ello no impide que, sin embargo, puedan ser censurados por su arrogancia:

«Si se enorgullecen creyendo saber mucho más que los demás y se apartan del resto de comunidades por no ser de la misma pureza que ellos, habrán ya oído que la doctrina (δόγμα) que predicán sobre el cielo no les pertenece, sino que, por no renunciar a todo, es de los persas [sigue una serie de enumeraciones que demuestran que los judíos no tienen ningún rasgo particular importante que les sea *sensu strictu* propio]. No gozan de buena reputación ante Dios ni son amados entre los otros pueblos, ni han sido enviados a ellos los ángeles como si les hubiese tocado la suerte de algún lugar de los bienaventurados. ¡Ved, pues, a quiénes y a qué lugar se les rinde honor! Así, salga de escena este coro que lleva su castigo por su jactancia, que no conoce al gran Dios, sino la magia de Moisés (τῆς Μωϋσέως γοητείας), y seducidos por aquél pasan a ser, para su desgracia, discípulos suyos» (V, 41).

Moisés será, por tanto, culpable de haber educado erróneamente a su pueblo con las antiguas doctrinas de pueblos sabios y antiquísimos: «Moisés llegó a conocer la doctrina por haberla oído de pueblos sabios y hombres famosos y así consiguió un nombre divino (ὄνομα δαίμονιον)» (I, 21). Los judíos, son, por ende, apóstatas de la tradición al haberla falsificado y malentendido.

32 Véase el fragmento VII, 53: «Esta es la voz de un espíritu verdaderamente divino» (θείου τινὸς ὡς ἀληθῶς πνεύματος ἢ φωνή).

33 Dice Andresen: «Für diesen Logos der Geschichte will Kelsos mit seinem Werk gegen die Christen sprechen». Andresen, opus cit., p. 138.

34 Ibid., p. 208.

35 Véase también I, 22 y IV, 33.

Los cristianos son para Celso (I, 12) judíos que han apostatado del judaísmo: «¿Qué os pasa, oh ciudadanos, que abandonáis la ley de la patria por aquél, del que ahora hablamos, que, habiéndoos seducido muy ridículamente, desertáis de nosotros para pasar a otro nombre y a otra vida?» (II, 1). Jesús mismo da fe de su ascendencia cultural judía al seguir ortodoxamente la ley hasta tal punto que «realizó también sacrificios» (II, 6). Así se entiende el hecho de que tengan incluso en común el mismo Dios (V, 59; VII, 29). Ello no quiere decir que haya dentro de ellos un espíritu de unidad y que busquen la unión de todos los hombres, pues «si todos los hombres quisieran hacerse cristianos, los cristianos no los querrían» (III, 9). Y no los querrían porque lo que es intrínseco al cristianismo, lo que es su verdadera naturaleza es la sedición, la rebelión, el *odium generis humani*³⁶.

Formándose a través de sociedades secretas que se esconden de la ley civil (I, 1), se basan justamente en estas sediciones interiores y exteriores para fortalecer la fe de sus miembros: «Es más que sorprendente cómo pueden estar unidos, tanto más cuanto que no tienen fundamento alguno válido a no ser que sea éste la rebelión (ἡ στάσις) y el provecho que de ella pueden obtener, así como el miedo de los de afuera. Esto es lo que da solidez a su fe» (III, 14)³⁷.

Esta naturaleza subversiva y sectaria del cristianismo, Celso la encuentra en su fundador, quien, carpintero de profesión, murió clavado miserablemente en la cruz (VI, 34), y, sobre todo, en el tipo de personas que llamó a su lado: «Diez u once hombres miserables logró atraer Jesús, los más malvados publicanos [Mt 9:9; 10:3; Mc 2:14; Lc 5:27] y marineros [Lc 8:2.3; Mc 15:40] con los cuales huyó de aquí para allá, reuniéndose para comer vergonzosa y penosamente (αἰσχρῶς καὶ γλίσχρως)» (I, 62)³⁸. También en la teología cristiana hallará Celso los cimientos de la naturaleza subversiva y revolucionaria del cristianismo: «quien afirma, hablando de Dios, que sólo un ser puede ser llamado señor, divide impiamente el reino de Dios y produce de esta manera dos fuerzas opuestas, como si hubiese un bando por un lado y otro por el otro en lucha contra él» (VIII, 11)³⁹. Por esta razón se puede decir, con Andresen, que «das Christentum ist die Theologie des Aufstandes»⁴⁰. Ante esta actitud subversiva, Celso, a diferencia de Giordano Bruno, es implacable: o se avienen al Λόγος y al Νόμος o se acaba con ellos:

«La razón da a elegir entre una de las dos alternativas: si se niegan a participar en los actos públicos ordinarios del culto y a honrar a quienes los presiden, que no lleguen a hombres, que no tomen mujer, que no procreen niños, que no tengan nada en la vida, que se mar-

36 Los cristianos reciben, de esta manera, el mismo calificativo que sus padres los judíos. En efecto, los cristianos rebelándose contra la religión y culto oficiales (paganos) y el servicio al Estado, se distancian del resto de los hombres y se atrincheran contra ellos. Así, no sólo se les considerará enemigos del Estado (*hostes publici*), sino también enemigos del género humano (*odium generis humani*) – el cristiano, como el judío, se separa conscientemente de la Tradición, del Ἀληθῆς Λόγος. Véase para una exposición más detallada de la cuestión el estudio de W. Nestle: «Die Haupteinwände des antiken Denkens gegen das Christentum», en *Archiv für Religionswissenschaft*, 37 (1941); ahora recogido en W. Nestle: *Griechische Studien. Untersuchungen zur Religion, Dichtung und Philosophie der Griechen*. Neudruck der Ausgabe Stuttgart 1948, Scientia Verlag Aalen 1968, pp. 597-660.

37 Véase también III, 10.

38 Cfr. también II, 46.

39 Cfr. también VIII, 15.

40 opus cit., pp. 221 y ss.

chen de aquí sin dejar el más mínimo rastro, como si sobre la tierra no hubiera existido tal raza. Si toman mujeres, procrean niños, prueban los frutos de la vida y soportan los males que les están ordenados —pues es ley de la naturaleza que todos los hombres pasen males, pues los males son necesarios e inevitables—, en este caso, deben rendir honores a quienes tienen esto encomendado y prestar los debidos servicios a la vida hasta que se desaten las cadenas» (VIII, 55)⁴¹.

Pues si todos obrasen como los cristianos, destruyendo el Ἀληθῆς Λόγος y el Νόμος, «nada impediría que aquél [el Emperador] se encontrara solo y abandonado, y el gobierno de la tierra caería en manos de los bárbaros sin ley y salvajes, y entonces ni de tu religión ni de la verdadera sabiduría quedaría noticia entre los hombres» (VIII, 68). Por todo ello concluirá con las siguientes palabras dirigidas a todos los cristianos:

«Os exhorto, por tanto, a sostener con todas vuestras fuerzas al Emperador y a luchar junto a él en las empresas justas, a combatir por él, a participar en sus expediciones, cuando ello lo requiera, a alistaros a los ejércitos con él [VIII, 73], a gobernar con él la patria, y, si es necesario, a hacerlo para la salvación de la ley y de la religión (καὶ τοῦτο ποιεῖν ἔνεκεν σωτηρίας νόμων καὶ εὐσεβείας)» (VIII, 75).

III. Conclusión

La crítica a la religión cristiana de Celso demuestra que lejos de haber concordia entre filosofía y cristianismo, ésta es una quimera, pues siempre ha habido, hay y habrá controversia y lucha entre ellas⁴². El cristianismo no puede pretender nunca tener o crear una filosofía, pues, dejando de lado su carácter de religión asiática, ya desde sus propios principios la rechaza⁴³. Cristo primero («Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos») y Pablo después (Epístolas a Corintios, Colosenses, etc.) desprestigiaron la sabiduría de este mundo, la Filosofía, por su arrogante empeño en querer llegar a Dios solamente a través de la razón humana, prescindiendo, por tanto, de cualquier ayuda o suplemento sobrenatural (Revelación). Este orgulloso intento del hombre (pecador, añadirá Lutero, siguiendo fielmente el espíritu y la letra del Nuevo Testamento) conduce únicamente a la vanagloria, al engreimiento y a la enemistad con Dios, según los cristianos, pues a Dios sólo se llega con la fe (esto es, con la *pistis*, el grado inferior de conocimiento según los griegos) y a través de la mediación salvífica de Jesús, el Cristo, quien con su pasión y muerte en la cruz, salva y redime a la humanidad entera, convirtiéndose de esta manera en el único Gran Sacerdote (Epístola a Hebreos), en el único mediador legítimo entre el hombre y la divinidad.

41 Cfr. también VIII, 57.

42 Los conflictos existentes no sólo entre los Padres de la Iglesia, sino entre las diferentes tradiciones teológicas así lo prueban. Una muestra de ello podría ser la encíclica papal *Fides et Ratio* (18-IX-1998).

43 *Fides et Ratio* §§ 18, 36-42.

Esta visión del mundo semita tiene su clara antagonista en las religiones paganas y en su filosofía. Aquí, en el paganismo, en Grecia, no hay, no existe esa escisión brutal y anti-natural que establece el cristianismo entre religión y filosofía y ambas van en plena armonía juntas. Casi todos los filósofos griegos fueron religiosos. Heráclito, Platón, Aristóteles, fueron personalidades fuertemente impregnadas por la religión. No se entendería su filosofía si la desgajásemos de la religión⁴⁴.

Celso demuestra, por ende, que el cristianismo jamás podrá entrar en comunión con la Filosofía europea. Esta verdad ha sido reafirmada además por otros pensadores en la historia occidental como Giordano Bruno y, sobre todo, por Friedrich Nietzsche, «el gran europeo», quien, a diferencia de sus contemporáneos, llevó a cabo la titánica y sobrehumana tarea historicofilosófica de la transvaloración de todos los valores (*Umwertung aller Werthe*) y, liberándose de dos mil años de judeo-cristianismo, volver al paradigma griego, pagano, de Celso. Por ello Nietzsche es más que un mero filósofo – es todo un acontecimiento histórico. Su tarea transvaloradora refleja el ansia del alma europea de volver a sus auténticas y únicas raíces, a Grecia, al paganismo. De ahí que sea necesario conocer la primera crítica pagana al cristianismo y por ello es acertado sostener, como se ha afirmado, que Celso es el primer Nietzsche⁴⁵.

44 Es signo de ignorancia afirmar, por ende, que la filosofía en Grecia nació no gracias a la religión, sino a pesar de ella y hablar del tránsito del mito al logos. *Toda* la filosofía griega es profundamente religiosa.

45 Véase el artículo de Thomas F. Bertonneau: «Celsus, the First Nietzsche: Resentment and the Case Against Christianity», en *Anthropoetics* III, n° 1 (Spring/Summer 1997) y, ante todo, el estudio del Prof K. F. Herman, «Nietzsches ‚Antichrist‘», *Türmer Jahrbuch* (1902), S. 181-210, donde se dice que la obra de Nietzsche (*El Anticristo*), sólo podría «mit der